

me asiste de la diestra, y apartando las mustias ramas, con acento blando cariñosa exclamaste: «Ven conmigo».

Y contigo crucé la selva umbrosa, y vi morir las luces de la tarde, y vi nacer la estrella esplendorosa que la primera en las tinieblas arde, y respiré feliz el triste encanto que, halagándonos más que la alegría, los ojos baña en delicioso llanto.

Y desde entonces, al morir el día, escalo audaz las pardas rocas del monte, y a la oscura umbría voy, donde fiel a tu amador aguardas; y de tu mano asido la senda busco del oculto nido; y donde el breve espacio el bosque cierra, nuestro horizonte con sus verdes velos, evoco los recuerdos de la tierra y tú las esperanzas de los cielos.

TEODORO LLORENTE

La profesora adjunta

(Breve historia de una madre de familia numerosa)



L joven matrimonio Rávena, en el corto espacio de doce años, y por sus pasos contados, llegó a la bonita suma familiar de ocho hijos. (Familia numerosa de primera categoría).

A pesar de la contextura de la señora de Rávena, fina y pequeña—según su marido, tenía muchos metros debajo de tierra—; los hijos al nacer eran unos angelotes rubios que pesaban cuatro kilos. Sólo uno que vino al mundo prematuramente por una caída de la futura madre, no tenía el desarrollo físico debido. Ella le miraba entristecida y le llamaba «su patito feo», recordando aquel cuento de Andersen que leyó cuando era niña y que tanto le había impresionado.

—Será el más guapo de todos— se decía.

Pero a medida que pasaba el tiempo, le veía consumirse, a pesar de llevar al extremo sus cuidados y sus mimos, incluso contraviñendo los más elementales consejos de la higiene infantil, pues el niño no dormía en su cuna, sino en la cama a su lado, para dar calor con su cuerpo a aquel pobre cuerpecito falto de calorías y de vida.

Pero sucedió lo que irremisiblemente tenía que suceder. Una noche que no se borraría jamás de su memoria, sintió un casi imperceptible estremecimiento en su brazo, sobre el que descansaba la cabecita del niño, y que la hizo estremecerse de pies a cabeza.

Aterrada, gritó más que dijo a su marido:

—¡Enciende!

—¿Qué pasa?

—¡El niño!

Así era. Ya, entre sus brazos, sólo tenía un montoncito de huesos y pellejo, envuelto en unas telas que abultaban y pesaban mucho más que él. ¡Primer rudo golpe que el matrimonio Rávena sufrió!

Cuando a la señora de Rávena le acongojaba alguna amargura, sentía la necesidad de trasladarla al papel en cortos renglones y en

combinación con las Musas del Parnaso. No es de sorprender, pues, que entre sus papeles (cuenta de la plaza, lista de la lavandera, etc.) encontráramos una «Nana» que decía así en una de sus estrofas:

¡Nanita trágica!
Se durmió para siempre
mientras cantaban
sollozando, mis labios,
esta tonada:
¡A la nanita ea
nanita nana!

¡Ay, vida de mi vida,
alma de mi alma!

Toda aquella numerosa y pequeña prole fue creciendo, y los gastos aumentaban que daba miedo. Chiquillos llenos de salud y de vida, y ¡con un apetito!... A su padre le temblaban las carnes cuando reunidos a la mesa para comer, veía todas aquellas pequeñas mandíbulas moverse rápida y acompasadamente, y la señora de Rávena decía riendo:

—Esto es magnífico, ¿no te parece? Peor sería que estuvieran enfermos o hubiera que contarles cuentos para hacerles comer, como le pasa a Fulanita y Menganita. Dios proveerá. En este mundo todo tiende a arreglarse... sólo la muerte es lo que no tiene remedio.

Y el remedio para los conflictos económicos de la familia Rávena lo mandó Dios desde el Cielo en forma de un amigo de la casa que enterado de que la cátedra de Francés del Instituto de Enseñanza Media iba a quedar vacante, venía a comunicárselo por si les interesaba.

—Naturalmente que nos interesa, y mucho —dijo la señora de Rávena muy decidida— Esa cátedra la quiero yo.

¡Tú! —exclamó su marido lleno de asombro, aunque sabía que su mujer conocía bien dicho idioma— Eso no puede ser. ¿Y la casa? ¿Y los chicos?

—Nuestra hija mayor se ocupará de todo, pues aunque no tiene aún catorce años, la creo capacitada para ello.

—Mamá —dijo muy serio el que ya cursaba estudios en dicho centro docente—. No, tú no. No sabes lo malos que son los chicos del Instituto y lo burlones, y con lo buena que tú eres.

Sin embargo, la señora de Rávena se impuso. Fue a Madrid, en

donde tenía muchas y buenas amistades que la ayudaron a conseguir un puesto tan solicitado, y una mañana, día de la apertura de curso, salía valiente y decidida, con su cartera bajo el brazo, a cumplir su misión, con el corazón rebosante de optimismo y dando gracias a Dios.

Su marido y sus hijos la despidieron en la puerta, besándola y abrazándola repetidas veces y haciéndola mil recomendaciones tales como éstas: «No te canses mucho». «Sé dura con los chicos, si no te comerán por un pie»... Corrieron todos luego al balcón a verla marchar y la dijeron adiós hasta perderla de vista. Parecía que marchaba al campo de batalla y que no iban a volver a verla más.

«¡Dios mío! —pensaba Emma Monterly mientras caminaba rápida— «En qué trotes me he metido. ¡Yo profesora del Instituto y de las Normales! Sé el francés igual que el español. No en vano mi madre es francesa y en casa de mis abuelos maternos no se hablaba en otro idioma. En mi infancia pasábamos todos los veranos en Hendaya, en Biarritz y en San Juan de Luz; he estudiado en colegios franceses varios años, ¿pero sabré enseñar lo que sé?... ¡Dios me ayudará!»

Y Dios la ayudó desde el primer momento.

Saludó al Director que la presentó a sus alumnos. «Aquí tenéis a vuestra nueva profesora». Los treinta y nueve muchachos del segundo curso de bachillerato, de pie, firmes, y respetuosamente, escuchaban las palabras del Director que les hablaba desde la cátedra teniendo a su derecha a la «profesora adjunta». A Emma Monterly, sin poderlo remediar, le temblaban las piernas y sentía deseos de salir corriendo del aula, sin embargo, nadie pudo sospechar lo que la ocurría. Para su carácter más bien tímido aquello era un momento de prueba.

—Espero —continuó el Director— que guardaréis el máximo respeto a esta señora, y que el esfuerzo que va a hacer por enseñaros el idioma de Molière no será estéril.

Habló después breves palabras con la «adjunta» y salió.
—«Creo —pensó la señora de Rávena— que yo también debo decir algo a estos muchachos». Pero le aterraban los discursos porque no tenía facilidad de palabra y además temía que los chicos descubrieran cierto temblorcillo de miedo en su voz. No obstante, y como quien se tira al agua de cabeza para no sentir tanto la impresión, salió del compromiso como pudo y empezó así:

—No esperéis de mí un discurso, son aburridos y además Dios no me ha llamado por el camino de la oratoria. Sólo quiero saludaros, y

deciros que encontraréis en mí una profesora y una amiga. (Iba a decir: «Una madre», por la fuerza de la costumbre, pero se acordó a tiempo de que no estaba en su casa, sino en un centro oficial)—Pueden ustedes sentarse.

Y así transcurrieron los días trabajando incansablemente con los alumnos de todos los cursos. Al parecer estaban contentos y aprendían con facilidad, salvo algunos malos estudiantes que se distraían con sólo ver volar una mosca; pero Emma Monterly sentía que su amor maternal se extendía también a los hijos de los demás y... ¡allí sí que tenía una numerosísima familia!

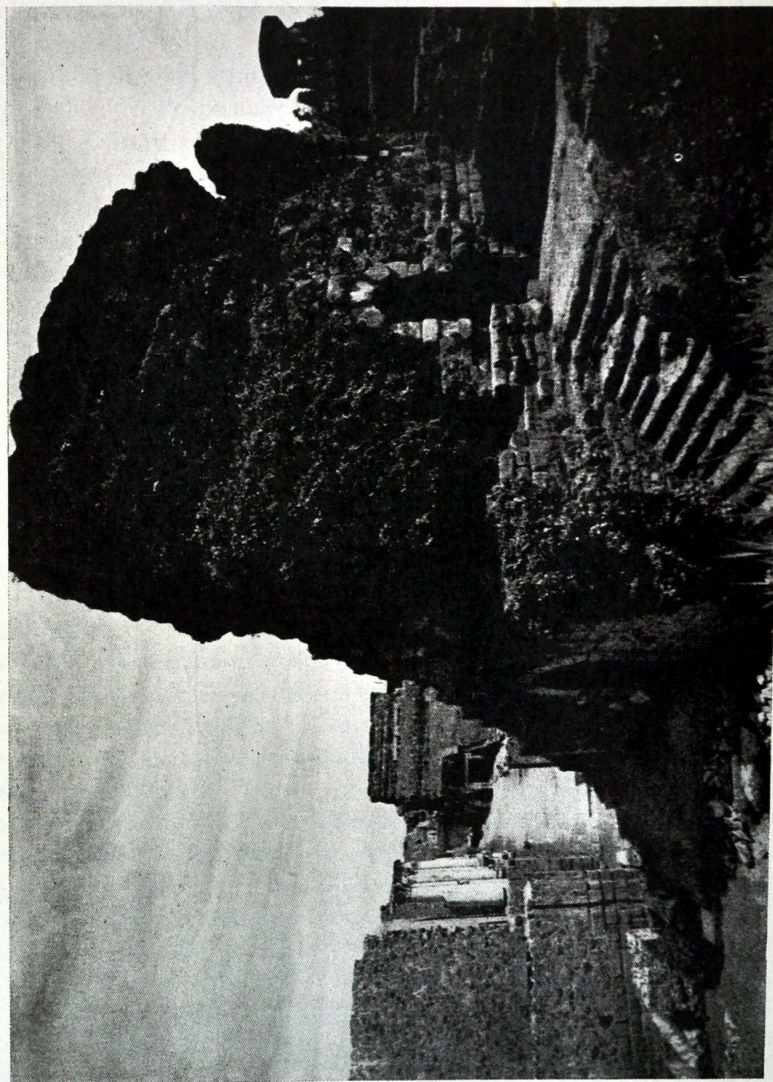
—«Le voy a poner un cero por hablar en clase»—decía. Pero ese cero no se ponía nunca, y los muchachos iban ganando terreno y confianza, empezando a pensar que aquello era pan comido.

Cuando los alumnos de primer curso veían a su profesora en lo alto de la cuesta que bajaba al Instituto, corrían en tropel hacia ella, gritando:—¡Madame, madame! ¡Usted no sabe! A Fulanito se lo han llevado los guardias por romper de una pedrada el farol de la esquina.—«¡Bien hecho!»—decía madame, haciendo alarde de indignación contra el agresor del alumbrado público.—«¡Madame, madame! A Menganito le han tenido que llevar a la Casa de Socorro porque se ha roto un brazo»—¡Vaya por Dios, cuantas desgracias suceden en este Instituto!»—decía Madame.

¡Todos venían a contárselo a Madame! ¿No decía usted, señora profesora adjunta que en usted tendrían «una amiga, una buena amiga»? ¿Acaso puede sorprenderle ahora que sus alumnos lo hayan tomado tan al pie de la letra?

Al principio no comprendía porqué aquellos pequeños, al entrar ella en el Instituto, la iban saludando a su paso con un respetuoso «Bon jour, monsieur l'abbé» (Que fielmente traducido al español castizo quiere decir «Buenos días, señor cura»). Luego recordó que el profesor que ocupaba antes que ella la cátedra era un sacerdote, y naturalmente estaba muy en su punto, entonces, saludarle así, pero no a ella que nunca había cantado misa y que por lo tanto, si deseaban saludarla en francés correctamente tenían que decir «Bon jour, madame». Y así lo hizo saber.

Podrían contarse por docenas las anécdotas de la señora de Rávena en su primer semestre de profesorado, humorísticas unas, tristes otras, pero el tiempo apremia. Su falta de experiencia de lo que era un Instituto, la llevó a veces a lamentables situaciones, que más adelante supo evitar. Como tenía su última clase bastante tarde y el aula estaba ya falta de luz, dijo en tono amable:



ALBUM EXTREMEÑO. - Mérida: Teatro romano. Puerta y murallas. (Foto Ediciones Arribas).

—Uno de ustedes, ¿quiere hacer el favor de encender la luz?

Los cuarenta y ocho alumnos de primer curso se precipitaron atropelladamente hacia el interruptor, con el fin de cumplir el deseo de su profesora.

—¡Todos a vuestros puestos!—gritó furiosa, sin poderlo remediar y tuteándoles sin darse cuenta.

Aquella turbamulta volvió a sus sitios en la misma forma bulliosa y desordenada en que salió de ellos.

—He dicho uno sólo.

La clase entera se precipitó de nuevo hacia el interruptor. Madame dió un enérgico puñetazo en la mesa, impropio de sus suavidades evangélicas, saltando a un tiempo el tintero y la campanilla, y los chicos corrieron de nuevo a sus puestos pasando por encima de mesas y bancos, y metiendo un ruido de mil de a caballo...! Ya comprendió la «señora profesora adjunta» que aquí lo necesario era decir un nombre, pero aún no conocía a sus alumnos! Hacía falta uno, uno cualquiera, y buscó, temblando, en la lista el nombre salvador, el primero que tropezaran sus ojos.

—¡Fernando González!—exclamó.

Púsose en pie un chiquillo que no levantaba dos cuartas del suelo y que naturalmente, no llegaba a la llave aunque se hubiera subido en una silla.

—«Madame, ¿enciendo yo?... ¿Enciendo yo?... Enciendo yo?»

—gritaban todos de pie desde sus sitios, y de nuevo se precipitaron hacia el interruptor de la luz. Aquello tenía algo de trágico-cómico y de caótico. La pobre señora de Rávena se encontró impotente para dominar aquel barullo. Temía que el Director o el Jefe de estudios pasaran por allí en aquellos momentos y entrasen a ver qué escándalo era aquél. Sintió deseos de echarse a llorar como una chiquilla, pero supo dominarse. No fue el Director, ni el Jefe de estudios quien se asomó a la puerta del aula, fue... quien menos podía pensar... su marido, sí, su marido, que venía con un paraguas a buscarla porque llovía a cántaros. Comprendió la señora de Rávena el efecto desastroso que aquel desorden en clase, aquella falta de respeto había producido en el ánimo de su marido, y anduvieron en silencio por las angostas calles empinadas, viejas calles de ciudad antigua, tan visitadas por turistas de todo el Mundo.

Los pasos del matrimonio Rávena resonaban en la solitaria calleja y las lechuzas que anidaban en los vetustos torreones parecía que querían imponer silencio con su «chiiiis» característico. Entraron en una iglesia y rezaron también silenciosamente. Ella, llena de zo-

zobra, levantó los ojos inquisitivos hacia él y vio, a la escasa luz del templo, cómo dos gruesas lágrimas resbalaban por sus mejillas:

—¡No vuelves más!... ¿Lo oyes? ¡No vuelves más!

Aquella escena que no olvidaría nunca, y el temor a perder su puesto de «profesora adjunta», con los consiguientes trastornos económicos en la familia, hizo que Emma Monterly reaccionara y cambiara por completo en adelante. Bien le decían los demás señores profesores y catedráticos: — «Doña Emma, cuando venga al Instituto, deje usted su corazoncito en casa».

Tenían razón sus compañeros. Con un corazoncito así no se podía ir a ninguna parte. Ya, los ceros que se ponían en la lista, eran ceros de verdad, auténticos ceros que no se quitaban y rebajaban la nota. Si algún alumno no se comportaba debidamente en clase, era advertido y expulsado si reincidía. La querían y la respetaban, aunque no pudo librarse del correspondiente mote que los alumnos tenían puesto a cada profesor.

—Abran los cuadernos para empezar el dictado.

Todos se preparaban en silencio. Entonces, la «profesora adjunta», con voz clara y buena pronunciación empezaba así:

—Dicté. «*Je vous trouve apropos, (virgule) mon oncle, virgule*)...

¡Ah, bien sabía ella el mote que sus alumnos le habían puesto! Pero en vez de enfadarse le hacía gracia, aunque se guardaría muy mucho de que ellos se enteraran. Para todos los cursos de bachillerato del Instituto, Emma Monterly de Rávena era... «*Madame Virgule*» (La señora coma).

Cierto día y con el máximo respeto y temor se acercó a ella el «empollón» de tercero y le dijo: —«Madame, ¿puedo hacerle una pregunta?» —Naturalmente que sí. Ya les he dicho repetidas veces que cuando no entiendan alguna cosa o tengan la menor duda pueden preguntarme lo que sea. «Aquí, en donde dice: *L'enfant écoutait et voici ce que disait le vent dans les arbres*. A esa ele que va al principio del párrafo sola, porque se ha elidido la «e» del artículo, ¿se le puede poner arriba una *virgulita*? —«Sí, hijo mío, pon esa *virgulita* donde dices sin el más ligero temor— le contestó *Madame Virgule*, retozándole la risa en su interior. — Cuando hay elisión o supresión de una vocal por razón de eufonía, se reemplaza dicha vocal por esa... *virgulita* que se llama *apostrophe*—. «Sí, madame, lo tendré muy en cuenta».

El primer trimestre había llegado a su fin y empezaban las calificaciones de los alumnos oficiales. Reunióse el claustro de profesores

alrededor de la larga mesa presididos por el Director. Emma Monterly de Rávena la noche anterior, esperó a que su marido y sus hijos se acostaran para sacar, con más tranquilidad, la nota media y quedó desconsolada al ver que en primer curso, de los cuarenta y ocho alumnos que tenía en clase, treinta y seis estaban suspendidos. Buscó méritos a unos y a otros para poder salvar a quince o veinte por lo menos, pero no podía ser; tenían demasiados ceros por indisciplina y esos no los perdonaría por nada si quería mantener el orden en clase y que aprendieran bien la asignatura.

Eran las cuatro de la mañana y todavía seguía dándole vueltas a las notas, a los ceros, a los cuadernos y a los chicos. Asustado por su tardanza en acostarse se levantó su marido y la encontró delante de las listas, con una cara tal de consternación que no pudo por menos de preguntarle:

—¿Qué te pasa?

—¡Algo horrible! Que sólo en primer curso, de los cuarenta y ocho alumnos que tengo en él, treinta y seis están suspendidos.

—¡Estupendo! ¡Magnífico!... Eso está bien.

—Pero es que... entre los treinta y seis suspensos están tus dos recomendados.

—¡Hombre, eso ya no está tan bien!. . . ¿Y no hay forma de salvarlos de la escabechina?

—No— contestó la «adjunta» ¡No tienen remedio!

—Pero, mujer, por Dios, que son los hijos de mis dos mejores amigos.

—Lo siento... lo siento— contestó ella muy compungida.

Al día siguiente, después de calificar los señores profesores y catedráticos, reunidos todavía en torno a la larga mesa, la dijeron: —«Ha sido usted dura con los chicos, doña Emma». Bueno... sí... ya lo sé, pero prefiero no recordarlo. —¿No le decíamos que al venir aquí dejara el corazoncito en casa?»— y se echaron a reír.

Cuando la señora de Rávena llegaba a su domicilio, cansada de querer meter en la cabeza de sus innumerables alumnos todos los secretos de la Gramática francesa, la recibían sus hijos con graves acusaciones contra la joven ama de casa, que se defendía valientemente. —«Mamá— decía uno de ellos —Maruja nos ha dado de mendar cinco higos pasos y un pedazo de pan«— ¡Bueno, bueno! No la guardéis rencor. Otro día os dará una merienda más a tono con vuestro apetito. Y tú, mi pequeña, no extremes demasiado el celo por la economía, no sea que vayan a debilitarse tus hermanos—. «Pero, mamá, si es que no me llegaba el dinero para más» —decía

ella—. ¡Mi pobre Maruja! No te preocupes, de aquí en adelante la merienda la traeré yo.

Una mañana, al volver del Instituto, la señora de Rávena encontró al segundo de sus hijos, con otros muchachos mal trajeados, cuyos padres no podían permitirse el lujo de pagarles las diversiones, empujando, para hacer andar unos caballitos de madera, llamados vulgarmente de «el tío vivo», que carecían de máquina y sólo daban vueltas gracias a los enérgicos esfuerzos de los chiquillos que no podían pagar. —¿Qué estás haciendo?— preguntó la señora de Rávena a su hijo. —«Mamá, es que cada cinco veces que empujo, el hombre me deja montar una» ¡Qué congoja sintió la madre al oír aquella aclaración de labios de su hijo! Abrazó al pequeño contra su corazón y le dijo: —Toma, no vuelvas más a hacer eso— y vaciando su monedero en las manos del niño volvió a repetir llena de cristeza: —¡No vuelvas más a hacer eso! ¿Me lo prometes? —«Sí, mamá, te lo prometo»—. Y ahora monta cuanto quieras en los caballitos. Y cuando esperaba que su hijo se precipitase sobre alguno de aquellos briosos corceles pintados de colorines, que tanta ilusión le hacían, vio con asombro que la devolvía todo el dinero que ella le había dado, la abrazaba casi llorando y salía corriendo para casa.

La primavera se presentó magnífica, en todo su esplendor. El parque estaba delicioso, los árboles cubiertos de hojas nuevas y los rosales plétóricos de capullos y de rosas. Como los días eran ya largos y la señora «profesora adjunta» salía a tiempo de poder disfrutar del aire y del sol, el señor Rávena la esperaba todas las tardes en un banco del paseo con su amigo inseparable «el libro». Lector impenitente nunca le faltaba esta buena compañía, aunque a veces le hacía exclamar: «Busqué una estúpida manera de matarme,—como nadie se mata,—leyendo hermosos libros—que llenan de dulzor y de veneno el alma». Amante de la literatura siempre tenía un libro entre las manos. Así no es de sorprender que esperase a la señora de Rávena sentado en un banco del paseo y enfrascado en la lectura de alguna obra literaria. Sentóse junto a él, dejando la cartera sobre la falda y miró distraídamente a los niños que iban y venían con sus pelotas y sus triciclos. Algunos se acercaban y entablaban conversación con ella. —«No has tenido bastante con tus hijos». A él no le hacía muy feliz la proximidad de los pequeños. Acababan por subirse de pie en el banco y pisarle el sombrero que había puesto en él. Un día se colmó la medida. Encima de que no le dejaban enterarse de lo que leía, dijo uno de ellos a otro más chiquito que trepó al banco como pudo: —«¡Bájate!... ¿No ves que pisas el sombrero del abuelo»? A la

señora de Rávena le produjo la mayor hilaridad que llamaran abuelo a su marido, pero él no pudo por menos de exclamar:—«¡Dónde estará Herodes!»!

Quedaron solos y una hoja seca, que tal vez pudo aguantar los envites del aire y la lluvia del invierno, cayó sobre la cartera de la «profesora adjunta». Aquello le produjo una triste impresión y le sugirió no menos tristes pensamientos que trasladó en forma de *Elegía* a una cuartilla.

Todas, todas las tardes con tu libro en la mano
me esperas en el banco del alegre paseo,
donde gritan los niños, hablan bajo los novios
y solos y en silencio toman el sol los viejos.

¿Dónde está nuestra infancia, patrimonio florido,
nube color de rosa, porque el sol la ilumina?
¿Y nuestra juventud de bellas ilusiones...?
¡Oh dulces, adoradas ilusiones perdidas!

Todo pasa y no vuelve, y nosotros seguimos
nuestra ruta en el mundo camino de lo eterno.
¡Cuántas veces al tiempo le decimos: «Espera»!
Y el tiempo insobornable nos responde: «No puedo!».

De nuestro largo viaje, ya en su postrer jornada,
unidos como siempre, bien pronto hemos de entrar.
Nuestros hijos crecieron. «¡Los niños ya son hombres!»
te digo, y se sonríe mi orgullo maternal.

Como todas las tardes con tu libro en la mano
espérame en el banco del florido paseo
donde gritan los niños, hablan bajo los novios
y solos y en silencio toman el sol los viejos.

¡Qué pena da pensar, que ha de llegar el día,
ese día terrible, tan cierto y tan temido,
que inútilmente esperes que yo acuda a tu lado
o que salga y me encuentre sólo el banco vacío!

Así era efectivamente, habían pasado varios años y los niños ya eran hombres. Aquellos abundantes suspensos que venían a casa de

los Rávena se habían convertido en notables, sobresalientes y hasta matriculas de honor. El día que el segundo de la numerosa prole dijo: —«Papá, yo quiero ser marino», se armó un gran revuelo en la familia. Trataron de disuadirle con ruegos y consejos, pero nada se consiguió. La madre sentía una inmensa tristeza. Era perder un hijo; y le atemorizaba pensar en los peligros que le acechaban.

¡Ay marino de tierra adentro, ¿por qué soñaste con el mar?

Siguiendo el ejemplo de su hermano, el que hacía el número cuatro de la serie también dijo que quería ser marino. Y empezaron las largas travesías con sus innumerables peligros. Sufrieron temporales horribles; estuvieron a punto de naufragar en varias ocasiones y fueron prisioneros de los hielos del Báltico. En pocos años recorrieron casi el Mundo. La casa de los Rávena iba quedando solitaria y triste, sin el buen humor, las bromas y las risas de todos aquellos muchachos, altos, fuertes —«en aquella familia todos eran largos, menos la madre»— y que tanto alegraban el ambiente del hogar.

¡Qué lejos están los puertos
de la tierra donde vivo!

¡Qué lejos están, Dios Santo,
para ver a mis marinos!

Ellos viven mar adentro
y yo tierra adentro vivo:

¡Con qué inquietud más profunda
me postro ante el Crucifijo!

Ya vieron la mar violenta
que alza montes y abre abismos
y se han tornado de pronto
más serios y pensativos.

Brillan de ilusión sus ojos
soñando con su destino.

Mar en calma. ¡Quién dijera
que ocultas tantos peligros!

¡Cómo se esperan sus cartas!

¡Cuántas veces se han leído!

¡Qué sabor a sal de lágrimas

deja en el alma lo escrito!
¡Cómo voláis poco a poco
de lo que fue vuestro nido!
Para el mundo ya sois hombres,
para mí sois siempre niños!
Y es que a través de los años
aún alegran mis oídos
tropel de cálidas notas,
de «nanas» y villancicos.
¡Qué lejos están los puertos
de la tierra donde vivo!
¡Qué lejos están, Dios Santo
para ver a mis marinos!

El matrimonio Rávena quedó ya completamente solo y cuando ella bendecía la mesa antes de empezar a comer, al ver todos los sitios de sus hijos vacíos se le ponía un nudo en la garganta y le salían las palabras a duras penas.

¡Ya no hay niños en casa!

¡Ya todos son mayores!

¡Qué pena recordar
sus rostros seductores

y esa sana inquietud
de chiquillos traviosos

que se hacen perdonar
con caricias y besos!

El tiempo se me escapa
veloz de entre mis manos;
quisiera detenerle...

¡mis esfuerzos son vanos!

y los que ayer inquietos

probaban mi paciencia

hoy hablan de mil cosas

casi con suficiencia.

¡Levantaréis el vuelo

pájaros de mi nido!
 ¡Dejaréis estos brazos
 que tanto os han mecido!
 Os llevarán muy lejos
 alas de la ilusión,
 pero habréis de acordaros
 de este viejo rincón.

Y cuando esté la casa
 vacía y silenciosa,
 besaré vuestras huellas
 impresas en las cosas:
 el barquito de lata,
 con su quilla abollada;
 la pintura «rupestre»
 que vuestra mano alada
 dibujó con soltura
 de pequeño maestro
 en mi devocionario

que tomastéis por vuestro.
 De aquel libro de Bécquer
 la página rasgada...
 vuestros cuentos de Andersen
 con su pasta arrancada.

¡Destrozos que en su tiempo
 os valió un buen sermón
 me traerán luego al alma
 nostálgica emoción!

En el ambiente frío
 del hogar sin encanto
 flotarán vuestras risas,
 sonarán vuestros llantos.
 Alegres y lejanos
 ecos de vuestra infancia
 llenarán el ambiente
 de una suave fragancia.



ALBUM EXTREMEÑO. – Navalmoral de la Mata. Templo Parroquial de San Andrés. (Foto Mohedano).

¡Nos dejaréis tan solos!...

solos como aquel día
al volver del altar
radiantes de alegría.

¡Solos igual que entonces,
mas todo tan cambiado!...

¡Qué blancos los cabellos,
el corazón cansado;
sin brillo la mirada,
alegre y sonriente
y surcarán arrugas
mis manos y mi frente!

Al mirarnos de nuevo
tendremos que pensar
¡ay, que toda una vida
pasó por nuestro hogar!

Un día, ya solos, completamente solos, le dijo a su marido:

—Tengo el presentimiento de que me van a quitar el cargo.

Durante nueve años había renovado su nombramiento sin dificultad, pero esta vez llegaron a sus oídos ciertos rumores que la tenían intranquila.

—Sería conveniente prevenirse, ir a Madrid para evitar cualquier sorpresa.

El señor Rávena la miró con dulzura y la dijo tras de considerar que tan sólo quedaban ella y él:

—No, no irás a Madrid. ¿No le parece a la señora «profesora adjunta» que ha trabajado bastante? Y además, ya... ¡para qué!

ELADIA MONTESINO

